

Mensajero del **Archivo Histórico**

de la

uia laguna

Dirección de Investigación y Difusión Editorial
Torreón, México. 15-XI-2000. Buzones electrónicos:
 archivo.historico@lag.uia.mx y sergio.corona@lag.uia.mx

ÍNDICE

página

Noticias del Archivo Histórico	1
Ensayo histórico. Apuntes para la historia de la seguridad En la Nueva Vizcaya	2
Libros de la Dirección de Investigación y Difusión Editorial	7
El Mostrador. México, ciudad de papel: una elegía para la urbe.	8
Bibliografía del Fondo Reservado	15

Coordinador del Archivo Histórico y editor de la revista virtual: **Mtro Sergio Antonio Corona Páez**

Noticias del Archivo Histórico

● **Primer Coloquio de Historia Regional del Noreste**

Los pasados días 8 y 9 de noviembre tuvo lugar en Saltillo, Coahuila, el **Primer Coloquio de Historia Regional: Avances Historiográficos del Noreste de México**. Este brillante evento fue convocado por el Gobierno del Estado de Coahuila, la Secretaría de Educación Pública del Estado y por el Centro Cultural Vito Alessio Robles, en cuyo magnífico recinto se desarrollaron las diversas mesas de trabajo. Como era de esperarse, el evento fue lucido y muy enriquecedor para la cultura y grafía de la historia del Noreste. Por la Comarca Lagunera participó una delegación de la Universidad

Iberoamericana Laguna, la cual expuso las diversas maneras cómo el plantel apoya la investigación y producción de textos históricos de interés regional y nacional. El Coloquio cerró con broche de oro al entregársele a don Israel Cavazos Garza la presea al Mérito Histórico 2000 del mismo Centro Cultural.



Fotografía tomada del Diario *Vanguardia* de Saltillo 10 de noviembre del 2000.

Emotivo instante en el que el reconocido investigador don Israel Cavazos Garza recibe, por unanimidad, la presea *al Mérito Histórico 2000* del Centro Cultural Vito Alessio Robles

ENSAYO HISTÓRICO

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA SEGURIDAD EN LA NUEVA VIZCAYA

Un documento histórico puede tener múltiples lecturas e interpretaciones, dependiendo de la pregunta que le formule el investigador. Un testamento del siglo XVII o XVIII puede brindar información preciosa sobre las posesiones muebles e inmuebles de un neovizcaíno en aquella época. Pero también -como en el presente caso- le podemos interrogar sobre las creencias fundamentales del ser humano. Particularmente de las más solemnes, aquellas que profesa durante su vida y que afloran a la conciencia a la hora solemne de la muerte. Esta capacidad de significación múltiple del documento es la que nos da cuenta de la mentalidad y los valores del pasado.

Este pequeño ensayo tiene por objeto mostrar un poco -solo unas cuantas pinceladas- de las creencias socialmente compartidas en torno a la función primordial de los santos como abogados e intercesores ante la Divinidad en la vida y en la muerte, en el sur de lo que actualmente conocemos como Coahuila, y de manera particular en la Región Lagunera.

Durante la época virreinal, la religión permeaba la mayor parte de los aspectos de la vida cotidiana del ser humano. Todos conocemos y apreciamos las evidencias arquitectónicas de aquel mundo teocéntrico: las iglesias mexicanos renacentistas, barrocas o neoclásicas, según su estilo y antigüedad; conocemos las evidencias plásticas, toda una constelación de pintores, anónimos o de reconocida firma, con infinidad de temas religiosos plasmados en lienzos, láminas, tablas, etcétera. Podemos decir que conocemos las manifestaciones artísticas de tal religiosidad, pero ¿cómo era la religiosidad en la vida privada? ¿cómo se manifestaba en la intimidad de la propia morada?

La Fé Católica se practicaba cotidianamente en los hogares coloniales neovizcaínos en la forma de devociones a la Virgen María, en sus diferentes advocaciones, y a los santos protectores. En muchas casas existía un lugar sagrado, un lugar separado de la “profanidad” del hogar y consistía en un altar dedicado a estos santos y advocaciones. Una característica de ese culto es que no era pura y llanamente teocéntrico.

En el viejo norte, lugar de cultura fronteriza entre la barbarie y la civilización existían muchos riesgos y necesidades cotidianas que debían ser resueltas con el apoyo de lo sobrenatural, puesto que, humanamente hablando, la vida era demasiado incierta. Pensemos en los peligros que representaban los imprevisibles ataques de indios -lejos de cualquier socorro oportuno; las enfermedades, sin antibióticos ni ciencia médica; el hambre, que muchas veces dependía de los azares climáticos.

En esas condiciones de inseguridad, la ayuda de la Virgen y de los santos no tenía precio. Era verdaderamente impensable transitar por la vida sin su auxilio. La percepción que la gente tenía de Dios en aquella época era la de un ser de majestad, único y glorioso, aunque remoto, inaccesible, demasiado santo como para aspirar a dirigirse a él desde la sencillez del hombre común y corriente. El pueblo, entonces, orientaba sus devociones hacia la Madre de Jesús y hacia los santos. Éstos, mucho más accesibles, se interesaban en las

necesidades cotidianas de sus devotos y les prestaban su auxilio intercediendo ante Dios en su favor. Por esta razón, los creyentes católicos de la Nueva Vizcaya y seguramente de otros lugares también, buscaban tener en sus casas las imágenes de sus santos predilectos. Desde luego que, para la mentalidad popular, cada santo se "especializaba" en cierto tipo de ayuda o de milagros. De ahí la multiplicidad de representaciones hagiográficas en los hogares.

Don Lázaro Miguel, parrense indígena y vitivinicultor de finales de los 1600's y principios de los 1700's era un católico devoto, ejercitaba su piedad cotidiana en base a la iconografía sacra que poseía en su hogar. Contaba con lienzos de Nuestra Señora de la Concepción y de Nuestra Señora de Guadalupe. Tenía también representaciones de Nuestra Señora de los Dolores de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; dos crucifijos, una Santísima Cruz dorada; dos ángeles de bulto: San Miguel y San Rafael; cuatro serafines; un San Francisco de bulto y seis retablos pequeños de Michoacán. Conservaba además, un nacimiento con su tabernáculo pequeño, lo que nos hace pensar que don Lázaro Miguel fue el primer lagunero, del cual tengamos noticia cierta, que puso en su casa el tradicional belén navideño ¹.

Es curiosa la encomienda que don Lázaro Miguel deja en su testamento a sus hijos y herederos: que celebren año con año la festividad de la exaltación de la Santa Cruz en su altar doméstico como él mismo lo hizo durante el tiempo de su vida. Y para asegurar la obediencia al precepto, destinó la quinta parte de su viña para que con sus frutos se continuase la devoción en el adorno del altar de su morada.

Otro ejemplo lo constituye don Felipe Cano Moctezuma, bautizado en Parras el 13 de febrero de 1659. Don Felipe Cano, al igual que don Lázaro Miguel, poseía representaciones de sus advocaciones y santos favoritos pintados sobre lienzo: un Jesús Nazareno, una Virgen de Guadalupe, un San José y una Santa María Magdalena. Tenía además una Santa Rita, un San Judas Tadeo, un Santo Domingo, un San Agustín, un cuadro de la Limpia Concepción y un Niño Jesús ². El que pudieramos llamar "lagunero colonial" (habitante de ciudades o lugares como Parras, Mapimí, San Juan de Casta)

¹ Archivo Histórico UIA-Laguna: Fondo del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras (María y Matheo) Parras, 3 de noviembre de 1715. Exp.302 y 303

² Ibid. Testamento de don Felipe Cano Moctezuma. Parras. 8 de noviembre de 1730 Exp.305

tenía acceso a diversos espacios para practicar su fe: el hogar, con la iconografía y devociones privadas; la cofradía, que era una asociación filantrópica, laboral y para la asistencia social, con un culto de grupo, verdadera liturgia gremial intermedia entre la devoción privada y el culto abierto, público y solemne, de la misa, que le mantenía en la comunión de La Fe con el grupo social en el cual vivía.

En Parras encontramos a principios del siglo XVIII las siguientes cofradías: la del Santísimo Sacramento, la de Nuestra Señora de los Dolores, la de Las Benditas Ánimas del Purgatorio, la de San Nicolás, la de Jesús Nazareno, la del Santo Entierro, la de Nuestra Señora del Rosario y la de la Hermandad del Santuario de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Es muy probable que en muchos casos existiese relación entre la iconografía doméstica y la de la cofradía a la que se pertenecía. Es de esperarse que los miembros de la Cofradía de la Virgen de Guadalupe poseyeran su representación en sus hogares.

Desde luego, no todas las familias tenían bienes de fortuna como para formar una colección particular; sin embargo, la tendencia era esa. Cuando no había recursos, aún con simples estampas o grabados se establecían las devociones. La iconografía era, en términos existenciales, más utilitaria que decorativa.

A los ojos del pueblo, la Virgen y los santos se tornaban particularmente necesarios a la hora de la muerte. En este trance, cuando la suerte eterna de los fieles estaba por decidirse, su intercesión era percibida como fundamental ya que podían, por medio de sus buenos oficios, alcanzar de Dios el perdón de los pecados.

Y es que en la mentalidad de la época, profundamente monárquica. los testamentos citados nos hablan desde el Antiguo Régimen: Dios se va a manifestar al fiel difunto no solo como juez, sino como supremo soberano. De ahí que se utilice con mucha frecuencia la imagen de la corte (celestial), tan familiar a los creyentes de la era virreinal, que vivían las instituciones regias como algo cotidiano. Y en esa corte, en la que los santos van a ocupar rangos y funciones específicos, éstos serán semejantes a los validos o ministros favoritos de los reyes de la tierra y, como tales, gozarán de gran influencia y ascendiente sobre la "Divina Majestad". En ocasiones se les designa incluso con terminología cortesana o legal; así, don Juan de Morales,

español peninsular que vivió en Saltillo y otorgó su testamento en 1650 ³, nombró como su "procurador" al ángel de su guarda; y como sus "valedores", a San Juan Bautista, San Antonio de Padua y San Nicolás Tolentino.

En su testamento, el ya referido don Lázaro Miguel, declara que:

... tomando por mi abogada a la Sma. virgen María, Madre de Dios, Señora y abogada de todos los pecadores y a todos los santos y santas del cielo, y santo de mi nombre y el Ángel de mi Guarda a quienes suplico humildemente sean mis intercesores para con Dios nuestro Señor...

Y en el del presbítero parrense de origen tlaxcalteca don Buenaventura de Santiago Organista, está escrito:

Poniendo como pongo a la Santísima Virgen María por mi intercesora y abogada para que pida y suplique a su precioso hijo tenga misericordia de mis graves culpas y pecados, con cuya intercesión y la de todos los Santos de la Corte Celestial y en especial la de mi querido y amantísimo Padre San Pedro espero que me los ha de perdonar y la han de presentar (su alma) ante el tremendo tribunal de la Divina Justicia, de cuya infinita misericordia espero la llevará a la celestial Jerusalén para donde fue criada, y mi cuerpo... ⁴

Un último ejemplo es el del arriba citado don Felipe Cano Moctezuma, cuyo testamento dice:

... Virgen María madre de Dios y a todos los santos... del cielo a quienes suplico humildemente sean intercesores para con Dios nuestro Señor... ⁵

³ Archivo Municipal de Saltillo (AMS) Fondo Testamentos. Caja 1, Expediente 35.

⁴ Archivo Histórico UIA Laguna. Fondo del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras. Febrero de 1725. Exp. 304

⁵ Don Felipe Cano Moctezuma. Testamento citado.

Libros de la Dirección de Investigación y Difusión

Editorial (pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx)



Censo y estadística de Parras (1825)

Transcripción, introducción y notas por Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. Colección Lobo Rampante. Coedición UIA-Laguna e Instituto Municipal de Cultura de Saltillo. Este documento, hasta ahora inédito, rebasa por mucho la categoría de censo, ya que su función corresponde más bien a la de las antiguas relaciones geográficas del siglo XVI. En este caso, no se trata tan solo de un lugar, sino del Partido de Parras, que incluía desde lo que ahora es Torreón, hasta Saltillo. Oficios, inversiones económicas, población económicamente activa, flora, fauna, climatología, mediciones exactas con termómetro, higrómetro, barómetro y dioptrómetro con lecturas realizadas entre 1797 y 1825. Mentalidad, enfermedades. En fin, se trata de un documento extremadamente interesante que arroja luz sobre una época de la que poco se sabe en la región comprendida.

\$ 35.00 pesos mexicanos

Otros títulos en existencia (pesos mexicanos):

- **Epistolario de un sueño* del Dr. Ricardo Coronado Velasco \$ 150.00
- **Entre lo público y lo privado* de la Mtra. Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 1* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 2* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y

Laura Orellana Trinidad \$ 60.00

**Investigación a tu alcance 3* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y

Laura Orellana Trinidad \$ 96.00

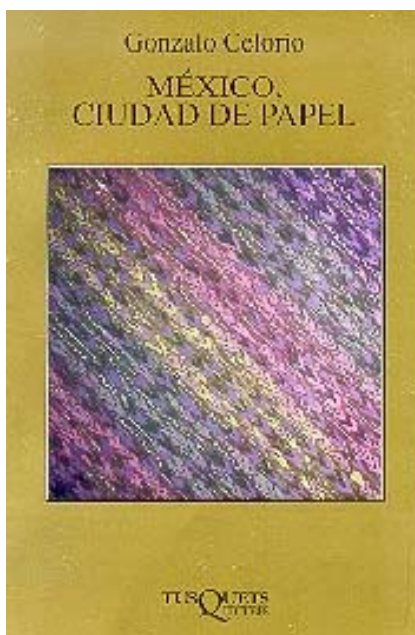
**Una disputa vitivinícola en Parras (1679)*. Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez.

Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**San Juan Bautista de los González. Cultura material, producción y consumo en una hacienda saltillense del siglo XVII*. Sergio Antonio Corona Páez. \$ 35.00

**Felipe Martínez. Apuntes desde la frontera (1891- 1892)*. Por Francisco Durán y Martínez. Editorial Norte Mexicano. Torreón. 1998

EL MOSTRADOR



MÉXICO, CIUDAD DE PAPEL: **UNA ELEGÍA PARA LA URBE**

RESEÑA POR
JAIME MUÑOZ VARGAS

Si el pasado de México sobrevive en el papel, la obra de Gonzalo Celorio es ya un edificio verbal que sobrevivirá al cataclismo de los años. Ese edificio, para ser más precisos, es un museo, un recinto con espaciosas mamparas y anchos muros en donde cuelgan algunas acuarelas de esta urbe

sistemáticamente homenajeadas por quienes, como Celorio, han sentido en lo profundo de la entraña su esplendor y miran con azoro y lástima su ingreso a los imprevisibles territorios del caos que todo lo derrumba.

México, ciudad de papel, resume con prosa timbrada de elegía los siglos de grandeza y las décadas de pisoteo que guarda en su memoria esta mancha informe llamada hoy el DF, nuestra lastimada capital, antaño orgullosa ciudad de los palacios, hogaño jungla de ejes viales y babélica urbe del peligro. Pero el amor, nunca el odio, impregna la prosa de Celorio. Un amor de capitalino que no enmudece ni se mantiene indiferente ante las imágenes del Bosco que ahora ofrece la metrópoli. Al contrario, el autor de *México, ciudad de papel*, recorre el pasado de la capital con un amor que no busca salvarla, sino dejar sentado un bello responso que da cuenta del esplendor despedazado por la inmisericordia del hombre moderno.

Gonzalo Celorio nació en la Ciudad de México el 25 de marzo de 1948. Es ensayista, narrador y crítico literario. Estudió licenciatura, maestría y doctorado en letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido profesor en la UNAM, en El Colegio de México, en la Universidad Iberoamericana y, desde hace varios años, funcionario de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha colaborado en la *Revista de Bellas Artes*, en la *Revista de la Universidad de México* y en el suplemento *sábado* del periódico *unomásuno*. En 1986 recibió el premio de periodismo cultural por la obra *Los subrayados son míos*. Ingresó en 1994 al Sistema Nacional de Creadores Artísticos. Entre su obra editada destacan el cuentario *Modus piriendi* (1983), los ensayos *El surrealismo y lo real maravilloso americano* (1976), *Tiempo cautivo. La Catedral de México* (1980), *Para la asistencia pública* (1985), *La épica sordina. Ensayos de literatura hispanoamericana* (1990), la

novela *Amor propio* (1992) y *El viaje sedentario* (1997), libro de varia invención por el que obtuvo el premio los Dos Océanos en Biarritz, Francia.

A una buena costumbre se suma Celorio con *México, ciudad de papel*: la de revelar, por medio de la escritura, una relación de profundísimo cariño por la ciudad en la que nació. Esto, contra lo que pudiera pensarse, no es extraño. Grandes escritores han dejado un testimonio de latría por la ciudad de la que son oriundos. Así Borges, en “Palermo de Buenos Aires”, confiesa una querencia que enraíza en la deificación: “Porque Buenos Aires es hondo, y nunca, en la desilusión o el pensar, me abandoné a sus calles sin recibir inesperado consuelo, ya de sentir irrealidad, ya de guitarras desde el fondo de un patio, ya de roce de vidas”. Paradójicamente, en el argentino había una relación de amor-odio sólo explicable por medio de la poesía que se aloja en el soneto “Buenos Aires”:

*Y la ciudad ahora, es como un plano
De mis humillaciones y fracasos;
Desde esa puerta he visto los ocasos
Y ante ese mármol he aguardado en vano.
Aquí el incierto ayer y el hoy distinto
Me han deparado los comunes casos
De toda suerte humana; aquí mis pasos
Urden su incalculable laberinto.
Aquí la tarde cenicienta espera
El fruto que le debe la mañana;
Aquí mis sombra en la no menos vana
Sombra final se perderá, ligera.
No nos une el amor, sino el espanto;
Será por eso que la quiero tanto.*

Asimismo, un admirado de Celorio y de muchos otros, Alejo Carpentier, deambuló con su palabra “La ciudad de las columnas”, La Habana, hermosa ciudad a la que rinde el tributo de su erudito cariño. Carpentier descifra, en aquel ensayo, la esencia de la capital cubana: “Espíritu barroco, legítimamente antillano, mestizo de cuanto se transculturizó en estas islas del Mediterráneo americano, que se tradujo en un irreverente y desacompasado rejuego de entablamentos clásicos, para crear ciudades aparentemente ordenadas y serenas donde los vientos de ciclones estaban siempre al acecho del mucho orden para desordenar el orden apenas los veranos, pasados los octubres, empezaran a bajar sus nubes sobre las azoteas y los tejados”. Eso piensa el autor de *El siglo de las Luces* sobre la ciudad que José Martín Félix de Arrate llamó, en otro homenaje a la cabecera isleña, *Llave del Nuevo Mundo*.

Pero si Buenos Aires o La Habana han sido descritas con devoción, la Ciudad de México es acaso el punto que en el mapa de Latinoamérica ha merecido una literatura más prolija y asombrada. Eso se demuestra desde la mismísima llegada del perplejo Hernán Cortés, quien no vacila en afirmar, en la segunda carta-relación, su impotencia descriptiva ante la magnífica visión que se ofreció ante sus ojos: “Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitan, del señorío y servicio de este Mutezuma, señor de ella, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos”.

Tal vez el conquistador extremeño marcó, en ese último deseo, el destino literario del personaje llamado “Ciudad de México”. Para lograr asirla, así sea parcialmente, esta zona del mundo ha requerido, desde el arranque de

la colonia, “muchos relatores y muy expertos”. Cada cual a su manera y con los medios retóricos a su alcance, todos arrodillan su verbo ante la grandeza mexicana; hombres tan dotados para el asombro como Cortés, Bernal Díaz, Francisco Cervantes de Salazar y, quizá el más destacado de todos, el espléndido Bernardo de Balbuena. Y aunque Hipólito Villarreal lo negara en su momento con su obra *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*, la seducción de México logró inyectar su hechizo en este puntilloso visitante; no se unió a México por el amor, como tantos otros, pero le cabe en suerte haber sido, tal vez, el primer enamorado de la capital por medio del espanto.

Otros muchos se han sumado al censo de la mexicolatría. Artemio de Valle Artizpe y Luis González Obregón fueron, como bien observa Gonzalo Celorio, sus amanuenses de la época barroca. Y la lista aumenta hasta nuestros días porque a ella se suman quienes se sirven de la palabra para dar fe de sus inquietudes; cronistas como Salvador Novo (*Nueva grandeza mexicana*), novelistas como Fernando Benítez (*Viaje al centro de México*), poetas como Efraín Huerta (“Avenida Juárez”) y Manuel Maples Arce (“Súper-poema bolchevique en 5 cantos”), novelistas como Carlos Fuentes (*La región más transparente*), periodistas como José Joaquín Blanco (*Función de medianoche*). A ellos se incorpora Gonzalo Celorio, y lo hace para consignar el desastre inexorable. Así Fuentes, quien en 1973, frente al reportero James R. Fortson, oscila entre el optimismo y el más relajado pesimismo difundido por la revista *Él*: “México es una ciudad donde no se puede caminar, tienes que andar en el periférico todo el tiempo, te ahoga el polvo, el smog, sólo hay avenidas inmensas, grises, despersonalizadas, de concreto (...) Hay que recuperar la ciudad, hay que reconstruir la Ciudad de México. Quizás sea

demasiado tarde. Yo creo que ya no tiene salvación esa pinche ciudad. Se la llevó la chingada, de plano”.

Gonzalo Celorio contruye entonces un museo para resguardar algunas visiones literarias, las más emblemáticas, de la ciudad que hoy se diluye y reaparece, al fin del milenio, como una “ciudad despedazada”. Mientras para Maples Arce era todavía, en 1924, una urbe merecedora de elogios (“Oh ciudad toda tensa/ de cables y de esfuerzos,/ sonora toda/ de motores y de alas”), para Efraín Huerta es, en 1956, la metrópoli del apocalipsis:

*Pues todo parece perdido, hermanos,
mientras, amargamente, triunfalmente,
por la Avenida Juárez de la ciudad de México
—perdón, Mexico City—
las tribus espigadas, la barbarie en persona,
los turistas adoradores de Lo que el viento se llevó,
las millonarias neuróticas cien veces divorciadas,
los gánsters y Miss Texas,
pisotean la belleza, envilecen el arte,
se tragan la Oración de Gettysburg y los poemas
de Walt Whitman
el pasaporte de Paul Robeson y las películas
de Charles Chaplin,
y lo dejan a uno tirado a media calle,
con los oídos despedazados
y una arrugada postal de Chapultepec
entre los dedos.*

Para Celorio, en 1998, ya no cabe la duda más insignificante: “¿Qué es hoy día la ciudad de México? Una mancha expansiva que se trepa por los cerros. Un inmenso lago desecado que en venganza por la destrucción a la que fue sometido, va mordisqueando los cimientos de los edificios hasta tragárselos por completo. Un amontonamiento de casas a medio construir que exhiben las varillas de la esperanza de un segundo piso que nunca se construye. Un muestrario de estilos abyectos. Un descomunal depósito de anuncios espectaculares orgullosos de sus barbarismos. Un vocerío sofocado por el claxon, la televisión permanente, los altoparlantes de las delegaciones, el fragor del periférico, los aviones al alcance de la mano. Mercado ambulante y sedentario de ‘fayuca’ y de pornografía. Circo de mil pistas en el que saltimbanquis, tragafuegos, niños disfrazados de payasos venden sus torpezas miserables. Barroco alarde del contraste que cotidianamente enfrenta la opulencia y la miseria como un auto sacramental de Calderón de la Barca que se volviera costumbrista. Madrastra de las inmigraciones provincianas. Guarida de asaltantes cuyas hazañas ya contamos, todos, en primera persona. Es una ciudad irreconocible de un día a otro día, de una noche a otra noche, como si entre una noche y otra noche o entre un día y otro día pasaran lustros, décadas, siglos. Es una ciudad en la que no se pueden recargar los recuerdos. Es una ciudad desconocida por sus habitantes. Torre de Babel que no se eleva sino que se expande en lenguas hermanas apenas comprensibles. Es la ciudad del anonimato protector, de la sonrisa escondida, de la fiesta esperanzadora, del clima benigno, de los ojos empañados. Atroz y amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable. Es la ciudad perdida por antonomasia, pero encontrada por la literatura que la construye día a día, que la restaura, que la revela, que la cuida, que la reta”.

E insistimos: Celorio no oculta que aún le quedan reservas de ternura para seguir firme en su Amor a la ciudad, para decirlo con ese afortunado título de Alejo Carpenier. En suma, *México, ciudad de papel*, es un ensayo altamente recomendable por muchas razones: su tema, su refinada prosa, su sinceridad expositiva, sus oportunas ilustraciones y su impecable edición, como corresponde a todos los libros que publica Tusquets.

Felicito a Gonzalo Celorio por este museo de papel para la ciudad de México. Ojalá los lectores pronto lo visiten.

México, ciudad de papel, Gonzalo Celorio, Tusquets, México, 1997, 80 pp.

BIBLIOGRAFÍA DEL FONDO RESERVADO



La Araucana de Alonso de Ercilla y Zúñiga. Librería de Cormon y Blanc. París. 1824. El espléndido poema heroico que narra las hazañas españolas en la conquista de los aguerridos aborígenes chilenos. Compuesto en octavas reales, los cantos de este libro son ya un clásico de la cultura universal.